

Índice

Introducción	9
La historia	11
La captura	73
La condena.....	145
Anexo. La sentencia.....	179

Introducción

La reciente historia de España ha producido delincuentes que se han convertido en leyenda. En unos casos, por la osadía o la ferocidad de sus acciones; en otros, por la tenacidad y la astucia con que fueron capaces de afrontar la lógica persecución policial que ellos mismos desataron con sus obras.

Personajes como el quinqui Eleuterio Sánchez, *El Lute*, que durante el franquismo mantuvo un pulso constante con la Guardia Civil y protagonizó fugas de película, hasta que fue detenido y condenado a muerte, si bien la pena capital no llegó a ser jamás ejecutada. Hoy, con más de 60 años, intenta anular aquel juicio.

Personajes como Juan José Moreno Cuenca, *El Vaquilla*, un joven indómito del extrarradio de Barcelona, que ya en la democracia se hizo famoso por sus correrías con la policía. Después de jugar al ratón y al gato con las fuerzas de seguridad, falleció de muerte natural en el invierno de 2003.

Delincuentes como Rafael Bueno Latorre, un atracador de Barcelona que protagonizó algunas de las fugas carcelarias más espectaculares. Sigue encabezando la lista de los criminales más buscados y más peligrosos, pese a que hace ya un cuarto de siglo que se escapó de la cárcel de alta seguridad de Alcalá-Meco (Madrid), un fortín de hormigón del que en teoría era imposible evadirse.

Existen criminales como Antonio Anglés, uno de los supuestos violadores y asesinos de las tres niñas de Alcàsser (Valencia), que continúa en paradero desconocido desde que en 1993 lograra burlar un cerco impresionante montado por

la policía y la Guardia Civil en Valencia. Atravesó España de este a oeste y huyó desde Portugal como polizón en el buque mercante *City of Plymouth*.

Y ahí está también gente como Dionisio Rodríguez, *El Dioni*, un vigilante de seguridad que el 28 de julio de 1989 se apoderó de un furgón blindado con varios cientos de millones de pesetas. Huyó a Brasil y dos meses después fue capturado. Con todo, se convirtió en un personaje tan popular que hasta Joaquín Sabina le dedicó su canción *Con un par*.

Sin embargo, nunca antes en la historia reciente se había producido un caso como el de Jaime Giménez Arbe, *El Solitario*, un atracador surgido de la clase media, que durante más de trece años se burló de la Guardia Civil. Uno tras otro, cometió más de una treintena de asaltos a bancos sin que las fuerzas de seguridad del Estado fueran capaces ni siquiera de identificarlo. El Ministerio del Interior persiguió a un hombre —un fantasma de barba y peluca postizas— hasta que en el verano de 2007 logró capturarlo cuando iba a perpetrar un nuevo robo en Figueira da Foz (Portugal). Y cayó por una delación, posiblemente de un antiguo compañero de correrías.

Giménez Arbe, apodado El Solitario porque actuaba siempre sin cómplices, fue condenado en 2008 por un tribunal de Pamplona a cuarenta y siete años de prisión al considerarle autor de la muerte a tiros de dos guardias civiles de Tráfico. Él, que se considera únicamente «un expropiador de bancos», asegura que es inocente del crimen e inculpa a un anarquista de Córcega con el que tiempo atrás mantuvo relaciones *profesionales*.

Las páginas que siguen son el relato de la busca y captura de Giménez Arbe y el reflejo de su personalidad a través de lo dicho por él en los diferentes juicios que ha tenido que afrontar, o bien mediante algunas de sus misivas y escritos. En una carta que me envió en noviembre de 2008 rehusaba mantener cualquier tipo de correspondencia: «Si realmente tiene interés en conocer algo que sea cierto acerca de mi personalidad, le recomiendo sea paciente y espere a leer el libro acerca de mi vida que yo estoy escribiendo».

La historia

Iba a ser un día más en sus rutinas. Aquel 9 de junio de 2004 los guardias civiles Juan Antonio Palmero, de 29 años, y su compañero José Antonio Vidal Fernández, de 31, tenían que vigilar las carreteras para que estuvieran despejadas cuando pasase un camión cargado con las enormes palas de un generador de energía eólica de la empresa Gamesa. En teoría era un trabajo fácil y sin complicaciones: tenían que apostarse con su coche patrulla cerca de Castejón (Navarra) y regular la circulación de manera tal que el paso del vehículo pesado por la zona discurriese sin contratiempos. Eso era todo. Pero ni Palmero ni Vidal sabían que ese día se iba a cruzar en sus vidas un asesino.

Era por la tarde. Palmero conducía el coche patrulla verde oliva. A su lado iba Vidal. El sol apretaba y llevaban bajados los cristales de las ventanillas para que el habitáculo estuviera fresco gracias al aparato de aire acondicionado. De repente, un todoterreno Suzuki pasó como una exhalación saltándose una señal de stop. Ellos no lo dudaron: accionaron las sirenas y corrieron tras el infractor, que parecía que no estaba dispuesto a detenerse. Cien metros. Doscientos metros. Quinientos metros. Un kilómetro... Y el tipo del Suzuki que pisaba el acelerador como si la cosa no fuera con él. Como si estuviera sordo y ciego. Parecía un poseso.

—¿Qué le pasa a este tío? ¿Es que no ve las luces? —gritó Palmero a su compañero.

—Síguele, síguele... Tenemos que identificarle. ¿Estará borracho?

El patrullero daba tumbos por la carretera desgastada. Palmero decidió jugarse el todo por el todo y, al encontrarse con una mediana que le impedía rebasar al fugitivo, se metió por los carriles de sentido contrario. Los guardias vieron que, al fin, el tipo del Suzuki aminoraba la velocidad. A Vidal, que iba de copiloto y tenía las manos libres, ni siquiera se le pasó por la cabeza sacar su pistola de la funda para repeler un posible ataque, tal vez porque creyó que era imposible que el sujeto del Suzuki condujera y al mismo tiempo abriera fuego contra ellos. Tal vez porque jamás intuyó que ésa fuera a ser su reacción. Una reacción imprevista y desproporcionada.

Cuando los patrulleros se pusieron a la altura del vehículo del sospechoso, no tuvieron tiempo de advertir que éste se estaba preparando para acribillarles a tiros. El desconocido cogió una metralleta con la mano derecha y se apoyó en el brazo izquierdo, que a su vez descansaba en el quicio de la ventanilla del todoterreno. Era un tirador experto. Así obtenía más precisión y evitaba el retroceso del arma. Ra-ta-ta-ta-tá... La lluvia de plomo alcanzó de lleno a los dos agentes, sin posibilidad de reaccionar ante el ataque. El patrullero, fuera de control, recorrió 268 metros tras recibir el primer impacto y finalmente fue a estrellarse con un gran estruendo contra un pequeño montículo de la cuneta, creando una nube de polvo a su alrededor. Mientras, el asesino arrojó el subfusil al asiento del acompañante y, sin pérdida de tiempo, escapó pisando a fondo el pedal del acelerador.

—¡Mierda! ¿Qué coño pasa? —se preguntó Miguel Ángel Galera Chavarri al oír el estridente ulular de unas sirenas policiales.

Galera, que trabajaba en una granja próxima a la carretera nacional, había escuchado inicialmente como dos disparos secos —tac, tac— y a los pocos segundos una ráfaga de cuatro o cinco estampidos. Picado por la curiosidad, decidió trepar hasta lo alto de un silo de ocho metros para tener así una mejor visión. Justo en ese momento vio un todoterreno alejándose, mientras, en sentido contrario, se cruzaba con un autobús.

—¡Vamos a la carretera! ¿No has oído disparos? Ha debido de pasar algo... He visto cómo frenaba en seco un autobús —gritó Galera a uno de sus hermanos, que trabajaba en la misma granja.

Los hermanos Galera subieron a su coche y corrieron hasta la zona del incidente. Cuando llegaron, allí estaba parado también el conductor del autobús y un camionero que no había dudado en detenerse al ver lo ocurrido. Ambos estaban rociando con sendos extintores el motor del patrullero de la Guardia Civil ante el riesgo de que éste se incendiase a causa de la gasolina que caía a chorros por culpa del impacto contra el montículo de tierra.

—¡Venga, venga...! ¡Vamos a sacarlos! —gritó el autobusero en medio del polvo blanco causado por la espuma de los extintores.

Tiraron de Palmero y lo pusieron en el suelo. Estaba muerto, desmadejado, con los ojos en blanco, sangrando a borbotones. Fueron al otro lado del coche en auxilio de Vidal, pero la puerta no podía abrirse porque había quedado deformada a causa del impacto. Entre el conductor del autobús y el camionero lograron forzarla a patadas. Extrajeron al guardia, que sufría unas fuertes convulsiones y trataba de respirar angustiosamente en medio de un vómito de sangre. Otra persona intentó reanimarlo, pero fue inútil. Las lesiones de Palmero y Vidal eran mortales de necesidad. Habían sido atravesados por decenas de balas que habían teñido de rojo sus uniformes verdes. La vida se les escapó a chorros por las heridas.

La Guardia Civil llegó en apenas dos minutos, con un despliegue similar al de cualquier atentado de ETA. Nervios, rabia, miedo, desconcierto, dolor, indignación. ¿Otra vez estos malnacidos? ¿De nuevo los terroristas habían vuelto a cobrarse más vidas? ¿Cuándo acabaría esta terrible pesadilla? ETA no actuaba desde que, entre el 23 y el 24 de diciembre, en plenas Navidades, intentó crear el caos mediante la colocación en varios trenes de una serie de bombas, destinadas a hacer explosión en la estación de Chamartín (Madrid). Pero

tampoco había que olvidar que el 30 de mayo de 2003 había asesinado con una bomba-lapa a los policías nacionales Bonifacio Martín Hernández y Julián Embid Luna en Sangüesa. ¡En Navarra! Precisamente en Navarra.

Un oficial comprobó que Palmero y Vidal tenían sus pistolas enfundadas, sin duda porque en ningún momento se les había cruzado la idea de que el conductor del Suzuki les fuera a ametrallar a sangre fría. Rápidamente se montaron controles en toda la zona para intentar cercar al hombre que acababa de asesinar a los dos guardias de Tráfico. Algunas de las patrullas llegaron a divisar a lo lejos al vehículo buscado, pero éste se les escapó entre los dedos como si fuera una anguila. El criminal conocía la comarca como la palma de su mano. No utilizaba las carreteras nacionales, sino caminos rurales y pistas forestales. Todo el despliegue policial fue inútil.

Palmero había estudiado Formación Profesional, rama de Electricidad, en Alfaro (La Rioja). Un día de 1993 llegó a casa y sorprendió a sus padres, Rafael y María, al comunicarles que acababa de apuntarse a la Guardia Civil. Fue una decisión repentina. Aunque Rafael era brigada de la Guardia Civil y debería haber barajado la posibilidad de que el chico pudiera seguir sus pasos, jamás creyó que fuera a hacerlo porque nunca lo había comentado ni había mostrado inclinación hacia el cuerpo.

Cuando salió de la academia, el joven fue destinado a Estepona (Málaga), y luego pidió ser trasladado a Bilbao. En el año 2000 fue enviado a Cañete La Real (Málaga), pero al poco tiempo ingresó en la Agrupación de Tráfico y solicitó destino en Navarra porque quería estar cerca de su hermano Rafael, un camionero asentado en Corella. Le concedieron plaza en Calahorra (La Rioja), a sólo media hora de distancia. Y allí estaba adscrito cuando fue asesinado.

El brigada Rafael Palmero jamás pudo suponer que a su hijo le iba a pasar lo mismo que le pasó a él trece años atrás. Fue el 9 de marzo de 1991, cuando se cruzó en su camino un tal Juan José Garfia, uno de los criminales más buscados en España por aquellas fechas. Fue en una urbanización de Sa-

lobreña (Granada), en un lugar teóricamente apacible y en una misión aparentemente rutinaria. Igual que su hijo. El futuro, claro, es impredecible y suele jugar malas pasadas.

—Buenas noches. ¿De dónde viene usted? —le preguntó el brigada a un muchacho desconocido.

—De casa de unos amigos —contestó el chico sin inmutarse, aunque a los pocos segundos blandió una pistola.

El ataque cogió desprevenido al suboficial de la Guardia Civil, que no tuvo más remedio que quedarse inmóvil. Aquel tío parecía dispuesto a todo, menos a dar explicaciones a un guardia civil.

—¡Vamos, cabrón! ¡Tira para adelante! —le ordenó Garfia. Y éste, sin más ni más, apretó el gatillo de su arma. El primer disparo falló porque el cartucho tenía mal la pólvora y estaba defectuoso, pero el segundo perforó la barbilla de Palmero, le atravesó la clavícula derecha, un pulmón y finalmente le salió por la espalda.

El proyectil, como un barreno incandescente, causó gravísimas heridas al veterano brigada, que pasó una semana en coma, con un pie en el otro mundo. Su esposa, María Benítez, aguantó todo ese tiempo sin moverse, ni de día ni de noche, de la puerta de la UVI del hospital de Granada, acompañada por su hijo Juan Antonio, que entonces apenas era un joven adolescente.

El que estuvo a punto de mandar al cementerio a Palmero resultó ser Juan José Garfia, un hombre que en 1987, con tan sólo 20 años, inició en Valladolid una enloquecida huida de la policía con un coche robado y dejó a su paso, solo en unas horas, un reguero de cadáveres: los de un policía municipal, un guardia civil y el dueño de un bar de Medina del Campo. Hizo gala de una demencial furia homicida. Eso le convirtió en el enemigo público número uno. Y más aún cuando, el 22 de febrero de 1991, logró escapar en Valladolid del furgón en que era trasladado a una prisión. Dos semanas después disparó contra Palmero en Salobreña.

El 9 de junio de 2004 Rafael Palmero ya estaba jubilado con el grado de suboficial. Jamás volvió a vestir el uniforme

ni a empuñar un arma. Ese día, cuando le llamaron por teléfono para decirle que su hijo había sido tiroteado, se temió lo peor. La muerte volvía a llamar a su puerta. Y el mundo se le vino abajo. Las balas que mataron a su hijo le habían vuelto a matar a él por segunda vez.

José Antonio Vidal, el otro agente asesinado en Castejón, no tenía a nadie en la familia que estuviera relacionado con la policía o la Guardia Civil. Pero él tenía muy claro, desde que acabó la enseñanza general básica, que quería ser guardia civil. De nada sirvió que a su madre, Virginia, no sólo no le gustase nada ese oficio, sino que le disgustaba profundamente, sobre todo porque existen ETA, narcotraficantes, atracadores... Él era su único hijo varón y ella no quería que viviese en riesgo permanente.

Nada más vestirse el uniforme verde oliva y calzarse el tricornio de charol, Vidal fue destinado a Mieres; después, a Bárcena de Quirós y, más tarde, a la unidad de Tráfico de Calahorra. Cuando fue asesinado acababa de aprobar el curso de cabo y le faltaba muy poco para cambiar de puesto. Pero la mala suerte se lo impidió.

El mismo día de la muerte de Palmero y Vidal, la Guardia Civil detuvo en Asturias a seis españoles acusados de formar parte de la trama criminal que facilitó cientos de kilos de explosivos, robados en una mina, al comando islamista que había perpetrado la matanza del 11-M en Madrid. Este grupo terrorista había causado más de 190 víctimas entre los viajeros de los trenes atacados el 11 de marzo de 2004. Ambas noticias ocuparon al día siguiente las portadas de la mayoría de los periódicos.

El fallecimiento de Palmero y Vidal supuso una enorme conmoción, un auténtico mazazo, entre los más de ochenta mil guardias civiles de España. ¿Había sido ETA? ¿Una vez más volvía a actuar la organización terrorista que ha asesinado a más de doscientos guardias civiles a lo largo de su historia? La primera hipótesis fue ésa. Pero bastó estudiar la veintena larga de casquillos y las balas del doble crimen de Castejón para descartarla. Si no fue ETA, ¿quién era capaz de perpetrar

una acción así? ¿Tal vez alguna banda de delincuentes internacionales? ¿Quizá hampones albanokosovares? ¿Pudieran ser mafiosos hispanoamericanos? Las interrogantes, sin embargo, se despejaron pronto. En cuanto los analistas del laboratorio de balística pusieron bajo el microscopio los casquillos y los cotejaron con otros que estaban en sus archivos.

—No hay duda, mi coronel. El que mató a nuestros dos guardias es el mismo tío que hizo lo de Vall d’Uixó (Castellón) hace cuatro años —aseguró un capitán a su jefe.

—¿Está usted seguro?

—Seguro, mi coronel. El arma empleada en un caso y en otro es la misma. O sea, que el autor debe ser el mismo individuo.

—Hay que coger a ese cabrón. ¡Qué hijo de puta! —exclamó el coronel sin poder reprimir el insulto.

El hijo de puta en cuestión era un viejo conocido de la Unidad Central Operativa (UCO), la élite de los investigadores criminales de la Guardia Civil al mando del coronel Félix Hernando. O, mejor dicho, un viejo desconocido. Porque llevaban años tras sus pasos y no habían logrado dar con él. Ni siquiera habían conseguido ponerle nombre. Ese delincuente era una especie de fantasma, un sujeto cuya imagen habían visto hasta la saciedad en las cintas grabadas por las videocámaras de los bancos que había atracado: un tío con barba y peluca postizas, de aspecto grueso, español, de ojos azules y de complexión fuerte, posiblemente engordada por el chaleco antibalas que escondía bajo sus ropas. Actuaba solo. No había dejado jamás ni una huella —tal vez porque cubría sus dedos con tiras de esparadrapo— ni había perdido un cabello en los constantes golpes que venía perpetrando desde más de una década atrás. Así que la Guardia Civil sabía mucho de él, pero a la vez no sabía nada. Desconocía hasta su nombre. Y por eso la prensa y los propios agentes encargados de darle caza le llamaban *El atracador solitario*. Y más tarde, con el correr del tiempo, su apodo, por razones de economía lingüística, fue acortado hasta quedar reducido sin más a El Solitario.

Desde ese momento, El Solitario se convirtió en el enemigo público número uno. Tanto como el etarra más peligroso o el más sanguinario activista de Al Qaeda. Sobre todo para la Guardia Civil, que desde ese instante puso en marcha la caza y captura del asesino: la Operación Marietta, en honor a la metralleta Ingram Marietta, el arma que se suponía que había empleado el criminal.

El subfusil utilizado para dar muerte a los dos guardias de Castejón ya lo había empleado en otra de sus acciones: fue el 10 de mayo de 2000, cuando atracó una sucursal de la Caja Rural de San Isidro, en la avenida del Corazón de Jesús de Vall d'Uixó, a 25 kilómetros de Castellón.

A las 13.48 entró un tipo en la oficina a través de la puerta principal de la calle de Xaco. Llevaba un maletín en la mano izquierda. Bajo la americana se le notaba un bulto sospechoso. Se dirigió a los mostradores de atención al cliente y preguntó a un empleado por el director. Era él, pero decidió disimular porque aquel cliente le dio mala espina desde el primer momento en que lo vio: contestó que el director tenía su despacho en la segunda planta, se levantó, puso sobre aviso a otra empleada y llamó por teléfono a los compañeros de las oficinas de la segunda planta para alertarles de que se dirigía hacia allí un hombre un poco raro.

El tipo raro, seguro y resolutivo, en vez de subir a la segunda planta, volvió grupas. Sacó una pistola y encañonó a un empleado:

—¡Vamos a la caja o te dejo seco! —le ordenó haciéndole ver bien claro que no dudaría ni un segundo en apretar el gatillo.

Mientras caminaba hacia la caja, el director avisó por teléfono a sus compañeros y pulsó la alarma silenciosa. El asaltante revolvía en los cajones del recinto blindado en busca del dinero. Cuando lo encontró, esbozó una sonrisa casi imperceptible y empezó a meterlo en su cartera de mano. Pero al advertir que no había una gran suma, se enfadó:

—¡Qué poco dinero tenéis, cabrones! ¿Dónde está el que falta?

El delincuente se dirigió entonces hacia la caja fuerte. Trató de abrirla, pero no pudo.

—¡Ya habéis tocado la alarma! Como vea a alguien hablando por teléfono, le pego un tiro —advirtió visiblemente nervioso y excitado mientras se dirigía hacia la puerta empuñando el arma y mirando a un lado y a otro para cerciorarse de que nadie intentaba frenarle el paso o arrebatarle los más de tres millones de pesetas que había robado.

El golpe duró exactamente dos minutos y 35 segundos. Un espacio de tiempo muy corto, pero en el que ya había habido ocasión para alertar a la Policía Local. Dos de sus agentes corrieron a la calle de Xaco y vieron en la acera opuesta, en dirección a la calle del Regimiento Tetuán, a un tipo que caminaba deprisa, con barba y bigote, vestido con una americana que parecía ocultar algo.

—¡Alto, policía! —gritó un agente

La respuesta del fugitivo no se hizo esperar: abrió fuego con una pistola e hirió en una pierna al policía. Pese a eso, éste efectuó dos disparos, lo que originó una fuerte balacera en la que un segundo policía cayó alcanzado por un impacto en una pierna. Parecía que el pistolero no tiraba a matar, sino a dejar cojos y fuera de combate a sus perseguidores.

Justo en ese momento llegaron otros cuatro agentes más, que fueron recibidos a tiros por el atracador, obligándoles a parapetarse entre los coches aparcados en la zona. El pistolero hizo lo mismo, dispuesto a enfrentarse a todo un ejército, si fuera preciso. Los policías y el delincuente se intercambiaron más de cien disparos. ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum! ¡Pum!... Aquello parecía una traca de fallas, pero en realidad era la guerra.

El cabo Manuel Ferrandis esperaba al atracador detrás de otro coche junto al agente José Antonio García Segarra. El cabo Ferrandis se levantó y gritó:

—¡Alto, tire el arma!

El Solitario, lejos de obedecer la orden, replicó con tres disparos dirigidos al cabo. A la vez, el policía García Segarra abrió fuego dos veces contra el agresor, sin llegar a alcanzarlo.

Otro agente persiguió al pistolero durante un buen tramo de la calle del Regimiento Tetuán, separados ambos por una distancia de apenas quince metros. Podían verse las caras y oír su propio resuello. Cada poco, el maleante se volvía y disparaba contra el uniformado. Y éste agotó toda su munición hasta que los disparos impactaron en el delincuente, que cayó al suelo dando trompicones. Pero no estaba herido: el chaleco antibalas le había salvado la vida. Frío como un témpano, el atracador se levantó y descargó su arma contra el que intentaba capturarlo.

Durante la huida el atracador perdió la tapa del cargador de su pistola y veinte cartuchos sin disparar de la marca Geco, a la vez que se le abrió el maletín y se le cayeron 2.800.000 pesetas. Miró al dinero y tuvo intención de pararse a recogerlo, pero desistió de hacerlo porque aquellos policías municipales parecían dispuestos a dejarse el pellejo en el asfalto con tal de darle caza. «¡Hijos de puta!», masculló.

Otro agente cogió el todoterreno de un particular y apretó el acelerador en busca del fugitivo. Éste, al verlo llegar, disparó y agujereó de un balazo el parabrisas, lo que obligó al conductor a bajar del coche. Pero el valiente municipal, lejos de arredrarse, decidió continuar la persecución a pie.

El Solitario, espoleado por la adrenalina, corría cada vez más. Llegó a la plaza de los Desamparados. Abrió la puerta de un Suzuki que tenía estacionado en ese punto y cogió un subfusil con el que efectuó una ráfaga contra los agentes que, de forma heroica y obstinada, proseguían la cacería. Sin pérdida de tiempo el atracador subió al coche y arrancó a toda velocidad. Uno de los policías disparó diez veces contra el vehículo que, no obstante, siguió rodando como si tal cosa.

El Solitario tomó la calle de Eleuterio Pérez. Un policía municipal le descubrió y realizó siete u ocho disparos contra el todoterreno Suzuki Vitara de color blanco. Una de las balas alcanzó al delincuente, que se derrumbó y estuvo a punto de caerse del coche. Pero logró incorporarse y escapar por la calle de Benizahat en medio de una lluvia de plomo que agu-

jereaba los cristales y la chapa de su vehículo. Parecía inmune a las balas, como protegido por un manto invisible.

Cuando se disipó la nube de pólvora, las calles estaban plagadas de decenas de casquillos del 9 parabellum, del calibre 45 y del 357 Magnum. Pero también había mucha sangre. La sangre del cabo Manuel Ferrandis Fenollosa, de 49 años, casado y padre de tres hijos; del agente José Quirant, de 38 años, con un balazo en la pierna (quedó cojo); de Daniel Diago, de 34 años, herido en un muslo; y del sargento Carlos Domingo, de 39 años, con lesiones en la cara y en los ojos por las esquirlas de unos cristales.

Lo peor, lo irremediable, era la muerte de Ferrandis, que fue enterrado con todos los honores, como un héroe, aparentemente víctima de un balazo del atracador. No obstante, las pruebas periciales posteriores concluyeron que el causante de su muerte había sido García Segarra, el compañero que había abierto fuego en plena refriega sin advertir que Ferrandis estaba en su línea de tiro.

El tribunal de Castellón que juzgó el caso posteriormente rechazó por improbable la teoría de que el plomo que mató a Ferrandis procediese del arma de El Solitario y que le hubiese dado en la nuca tras rebotar contra la barra metálica de un bolardo. La sentencia estableció que el proyectil que mató al cabo fue disparado por una pistola Glock, de las mismas características que la que portaba García Segarra, el cual fue condenado a un año y medio de prisión por homicidio por imprudencia profesional. También fue inhabilitado y expulsado del cuerpo.

—La justicia se ensañó conmigo. No tuvo en cuenta las circunstancias ni que en un tiroteo de este tipo hay que dirimir en décimas de segundo... ¡y además hacerlo bien! Estoy en tratamiento psiquiátrico y he gastado más de sesenta mil euros para tratar de demostrar que la bala que mató a mi compañero la disparó El Solitario. Yo habría preferido que me hubiese matado a mí —sostenía el policía unos años más tarde, tras haber intentado quitarse la vida en al menos dos ocasiones tras su condena.

La Guardia Civil realizó un estudio sobre la actuación de El Solitario y llegó a la conclusión de que éste había hecho un mal reconocimiento de la zona, una mala planificación del asalto, de forma que dejó aparcado el coche de huida muy lejos del banco y, además, mirando hacia la pared, lo que le obligó a dar marcha atrás y a perder unos segundos muy valiosos. Además, no sabía que los policías locales hacían el relevo a las dos de la tarde, lo que suponía una alta concentración de agentes en las proximidades de la oficina bancaria asaltada.

El análisis de los expertos concluía diciendo: «Demostró tener un exceso de confianza en sí mismo, lo que le forzó a improvisar sobre la marcha. Pero se manejó muy bien con las armas y demostró tener muy buena puntería y saber dosificar la munición. No perdió la serenidad en ningún momento, pese al continuo ruido de disparos y los impactos que le pasaban rozando».

¿Quién demonios era un tipo que se comportaba de esa forma? Si eso hubiera ocurrido hace unos cuantos años en Estados Unidos, habría que pensar en un experimentado veterano de la guerra de Vietnam. Pero ¿quién podía exhibir semejante osadía y arrojo en España? La UCO de la Guardia Civil montaría años más tarde un grupo de media docena de agentes, al mando del comandante Antonio Cortés, dedicado en exclusiva a seguir su rastro. La Unidad de Delincuencia Especializada y Violenta (UDEV) del Cuerpo Nacional de Policía puso al frente de un equipo similar al inspector Jaime Barrado. Ambos cuerpos, a regañadientes, decidieron unir sus esfuerzos para desenmascarar y detener al criminal que llevaba tantos años burlándose de la justicia y dejando en ridículo al poderoso Ministerio del Interior.

Los guardias que le seguían el rastro sabían muchas cosas del escurridizo delincuente. En un voluminoso cartapacio rotulado con la inscripción Operación Marietta, constaba, por ejemplo, que era un tipo de unos 50 a 55 años; que medía alrededor de 1,80 metros; que aparentemente era calvo; que tiempo atrás se movía en un Suzuki Vitara y que aparentemente era un buen tirador. Bueno, sabían eso, que era mucho y a la

vez era nada: había miles de tipos en España que podrían encajar con ese perfil.

Los investigadores no habían conseguido poner cara a ese delincuente fantasmagórico que entraba en los bancos, cogía el dinero y, en la mayoría de sus golpes, huía sin el menor tropiezo. Y eso que la UDEV del Cuerpo Nacional de Policía había seguido el rastro de más de medio centenar de individuos ante la sospecha de que alguno de ellos pudiera ser El Solitario. Y eso que la UCO de la Guardia Civil, por su parte, había vigilado y controlado a varias docenas de hombres, llegando incluso a seguir a uno de ellos nada menos que hasta México. Todo en balde. Sin el menor resultado. Mucho tiempo y mucho dinero gastado para nada.

Los analistas policiales habían escudriñado hasta la saciedad las andanzas del escurridizo criminal en busca de un hilo que pudiera conducir hasta él. Habían desmenuzado qué días había atracado, a qué horas, en qué regiones, si tenía predilección por una entidad bancaria concreta, si podía ser un preso que aprovechase los permisos penitenciarios para actuar... Miraron, incluso, si los lugares atracados iban siguiendo las manecillas de un reloj o tenían algún orden lógico, digno de un maníaco psicópata con afán de protagonismo. Pero lo único que habían sacado en limpio era que ese misterioso individuo necesitaba unos treinta y seis mil euros al año para cubrir sus gastos. Los sabuesos policiales habían llegado a la conclusión de que sólo robaba cuando le faltaba liquidez. Si no, se quedaba quieto, inmóvil, agazapado como un guepardo a la espera de su presa.

El hombre que quitaba el sueño a la Guardia Civil había ideado un sistema que entrañaba riesgos, pero a la vez le proporcionaba seguridad: siempre actuaba solo, lo que le obligaba a tener que planificar y ejecutar sus golpes sin ninguna otra cobertura, aunque al mismo tiempo eso evitaba que algún cómplice le delatase o incurriese en un error fatal. Él era dueño y señor de su propia existencia. El único que conocía su secreto, porque ya se sabe que un secreto compartido por dos no es ningún secreto.

El Solitario era como un depredador. Un leopardo sabe todo de una gacela: dónde pasta, dónde bebe, a qué hora lo hace, cómo lo hace, cómo corre... Un depredador se especializa en un animal y sabe que su propia supervivencia depende de lo bien que conozca a su presa. El Solitario era también un depredador y conocía todo de sus presas: los bancos. Sabía desde dónde estaban situados los más idóneos hasta las mejores horas para atacarlos por sorpresa con las mayores posibilidades de éxito y los menores riesgos. Por eso, parecía un tipo con suerte. Las cámaras de seguridad de los bancos le habían grabado a él y al Suzuki Vitara en el que escapaba, pero jamás se había obtenido una imagen que permitiera ver la matrícula del vehículo. Y, en cualquier caso, era más que probable que utilizase placas falsas. ¡No iba a ser tan tonto como para llevar las matrículas auténticas! Eso no se le ocurriría ni al que asó la manteca.

En una técnica muy propia de la Guardia Civil, este cuerpo había decidido rastrear uno a uno los 50.000 Suzuki Vitara que en aquellos momentos circulaban por España: quién era su dueño, dónde vivía, a qué se dedicaba, dónde habían sido comprados, de qué color eran... Lo que se dice una tarea de chinos, paciente y oscura, que muy posiblemente sólo condujera a la melancolía y a la desolación. Pero, bueno, había que intentarlo...

Los hombres del tricornio llevaban gastadas miles de horas olfateando esta pista. Lo hicieron consultando las bases de datos de Tráfico, en las que figuraban los propietarios actuales de vehículos de estas características. Lo idóneo hubiera sido solicitar los actuales propietarios y los pasados, puesto que era probable que el automóvil que usaba El Solitario no estuviera inscrito a su nombre, sino al de otra persona. Sin embargo, haberlo hecho así hubiera supuesto abrir una investigación sobre varios cientos de miles de ciudadanos cuya vida y milagros habrían de ser escudriñados. Una misión imposible para la que hubiera sido preciso disponer de un batallón.

Sin que nadie supiera bien por qué, a la policía y a la Guardia Civil les dio por pensar que el maldito atracador era

tal vez uno de ellos mismos: un agente expulsado del cuerpo, un ex militar, un guarda jurado, alguien ligado a una empresa de seguridad... O simplemente uno de ellos que, tras quitarse el uniforme, se calzaba la barba y la peluca, se enfundaba el chaleco antibalas, preparaba sus pistolas y sus metralletas y... así lograba redondear el sueldo que le pagaba el Estado. Por eso, pidieron informes sobre policías y guardias con mala conducta y sobre tíos que hubieran sido expulsados o hubieran causado baja voluntariamente. Pero todas las pesquisas acababan en un callejón sin salida. Ninguno de los investigados encajaba con el personaje que desde hacía años campaba a sus anchas burlándose de la poderosa maquinaria policial y judicial.

Lo de Vall d'Uixó había sido toda una exhibición. Un hombre solo, pese a ir armado hasta los dientes, habría acabado acribillado a tiros por la docena larga de policías locales que le hicieron frente de no ser porque él había demostrado ser una especie de Rambo o un Superman con poderes sin límite. Conservando la cabeza fría, supo utilizar cada arma en el momento apropiado; moverse con soltura en el laberinto de calles; romper el cerco de quienes querían atraparle; y, finalmente, llegar indemne hasta el todoterreno que tenía aparcado en la plaza de los Desamparados, a unos cientos de metros del lugar del terrible incidente, y escapar con toda limpieza en medio de una granizada de plomo.

Lo de Castejón también había demostrado sus dotes de hombre de acero. Había aguantado impasible una persecución de más de tres kilómetros; no había perdido los nervios en ningún momento; y al final, al verse acorralado, había aminorado la marcha de su vehículo, había preparado la metralleta y había sido capaz de disparar con precisión una ráfaga de veintitrés disparos usando únicamente una mano y apoyándose en el quicio metálico de la ventanilla. Hay que tener unos conocimientos muy precisos para controlar y dominar con tanta maña un subfusil, sin que éste adquiriera vida propia.

Quienes estaban dedicados a la caza y captura del escurridizo maleante estaban cada vez más preocupados. Sabían que

era un tipo meticuloso que planificaba muy bien sus golpes y, sobre todo, cómo huir después de consumir el saqueo. El comandante Antonio Cortés y el teniente Manuel Callejas volvieron a repasar por enésima vez la lista de los robos en los que estaba probada su participación, aunque muchos de ellos ya habían prescrito judicialmente al haber transcurrido tanto tiempo sin haberse identificado a su autor:

— 18 de mayo de 1993. Martes. Ademuz (Valencia). Atraca una oficina del Banco Hispano Americano acompañado de otro hombre. Se llevó 400.000 pesetas. Entonces no había cámaras de videovigilancia, pero el cajero logró apretar un botón y obtener una foto-fija del tipo de la barba y la peluca. Los dos delincuentes huyeron en una furgoneta Citroën C-15.

— 2 de mayo de 1994. Lunes. Viveiro (Lugo). Asalta una sucursal del Banco Exterior de España. Aparte de 5.600.000 pesetas, se llevó consigo el DNI del cajero. Es la primera vez en la que hay constancia de que actúa solo. Acababa de nacer El Solitario, pero eso nadie lo supo entonces.

— 27 de marzo de 1996. Miércoles. Se apodera de casi dos millones de pesetas en un Ibercaja de Tarazona (Zaragoza) y escapa en una furgoneta Citroën C-15.

— 10 de mayo de 1996. Viernes. Zafra (Badajoz). Atraca la oficina principal de la Caja de Ahorros de Badajoz. Se apodera de unos seis millones de pesetas. Huye en un Renault 4, con la matrícula falsa BA-3603-G, y luego mantiene un tiroteo con varias patrullas de la Guardia Civil.

— 22 de septiembre de 1997. Lunes. Atraca una sucursal de la Caja de Ahorros de Segovia en la capital del acueducto.

— 22 de mayo de 1998. Viernes. Melide (A Coruña). Desvalija una oficina de Caixa Galicia y se adueña de 1.829.000 pesetas.

— 3 de julio de 1998. Viernes. Roba 3.997.000 pesetas de una entidad de Ibercaja en Binéfar (Huesca) y desaparece en un Suzuki blanco.

— 4 de septiembre de 1998. Viernes. Teruel. Escapa en un todoterreno Suzuki Santana, matrícula TE-7854-D, tras

apropiarse de 1.778.000 pesetas de una oficina de la Caja de Ahorros de la Inmaculada.

— 26 de noviembre de 1998. Jueves. Jumilla (Murcia). Asalta una oficina de la Caja de Ahorros del Mediterráneo (CAM) y consigue un botín de 12,6 millones de pesetas. Escapa en el Suzuki blanco.

— 5 de marzo de 1999. Viernes. La Roda (Albacete). Desvalija una sucursal de la Caja de Ahorros de Castilla-La Mancha y se lleva casi tres millones de pesetas.

— 23 de abril de 1999. Viernes. Socuéllamos (Ciudad Real). Asalta una sucursal de la Caja de Ahorros de Castilla-La Mancha y se hace con unos dos millones de pesetas. Huye en un Suzuki blanco con matrícula CR-5554-W.

— 10 de junio de 1999. Jueves. Calahorra (La Rioja). Se lleva 1.197.000 pesetas de una sede de Caja Rioja.

— 14 de julio de 1999. Miércoles. A Estrada (Pontevedra). Roba 1.668.000 pesetas en una entidad de Caixa Pontevedra. Se aleja en un Suzuki con matrícula LU-8159-J.

— 15 de julio de 1999. Jueves. A Chantada (Lugo). Roba más de un millón y medio de pesetas en una oficina de Caixa Galicia y escapa en el mismo vehículo que en el *palo* anterior.

— 2 de septiembre de 1999. Jueves. Alfaro (La Rioja). Roba más de tres millones de pesetas de la sucursal de Ibercaja en la plaza de España.

— 14 de octubre de 1999. Martes. Calamocha (Teruel). Se apropia de 4,1 millones de pesetas de una entidad de Ibercaja. Escapa en el Suzuki con falsa matrícula de Teruel.

— 15 de octubre de 1999. Miércoles. Cariñena (Zaragoza). Roba 2.715.000 pesetas de Ibercaja.

— 23 de diciembre de 1999. Jueves. Mula (Murcia). Se apodera de 5.817.000 pesetas y se despide del banco deseando «feliz Navidad» a los empleados y clientes. ¡Vaya cínico!

— 10 de mayo de 2000. Vall d'Uixó (Castellón). Atraca en la Caja Rural de San Isidro y consigue 3,3 millones de pesetas. Aquí es donde se produce el tiroteo con la Policía Local, en el que muere el cabo Ferrandis.

— 14 de septiembre de 2000. Jueves. Intenta atracar una entidad de la Caja de Ahorros de Castilla-La Mancha en Torrijos (Toledo).

— 19 de septiembre de 2000. Martes. Repite el golpe en Torrijos y esta vez con éxito: 199.000 pesetas.

— 22 de diciembre de 2000. Viernes. Recauda más de dos millones de pesetas en la sucursal de Ibercaja de Gallur (Zaragoza) y escapa en un Suzuki de color azul con capota blanca.

— 14 de junio de 2001. Jueves. Asalta una oficina de Ibercaja de Pina de Ebro (Zaragoza) y se larga en el mismo Suzuki de la capota blanca.

— 18 de agosto de 2001. Viernes. Consigue casi un millón y medio de pesetas en una Caixa Galicia en Cee (A Coruña). Desaparece en un Suzuki Vitara de color azul.

— 9 de octubre de 2001. Martes. Consigue otro millón y medio en un Ibercaja de Zuera (Zaragoza) y escapa en el mismo vehículo.

— 23 de enero de 2002. Miércoles. CAM de Calasparra (Murcia). Consigue su mayor botín: más de 18 millones y medio de pesetas. Huye en un Suzuki santana con matrícula MU-4560-Z. Desde entonces deja de atracar durante más de un año.

— 26 de marzo de 2003. Miércoles. Atraca una entidad de Caja Sur en Pozoblanco (Córdoba) y se hace con algo más de 30.000 euros. Huye en un Suzuki Vitara con matrícula CO-4404-AF.

— 20 de agosto de 2003. Jueves. Asalta una oficina de Caixa Galicia en Villalba (Lugo) y se hace con 48.700 euros.

— 9 de junio de 2004. Miércoles. Supuestamente mató a tiros a los guardias civiles Palmero y Vidal en Castejón (Navarra), posiblemente al sentirse descubierto porque llevaba encima un lote de armas y conducía un todoterreno con matrículas falsas.

— Mi comandante, me he repasado esta lista un millón de veces. Me la sé de memoria. Y este tío ha atracado todos los días de la semana y puntos muy diferentes —rezongó el

joven teniente, tan desesperado como quien busca una aguja en un pajar.

El doble asesinato de Castejón era lo más grave. Pero El Solitario había dado muestras de ser un sujeto frío y poco escrupuloso. Si tenía que abrir fuego a discreción, lo hacía sin más miramientos. Y punto.

Era un hombre de acción más que de palabras. Iba a lo que iba y apenas gastaba saliva en convencer a sus víctimas de que hablaba en serio cuando les decía eso tan tópico de «esto es un atraco».

—Tiraos al suelo... y no toquéis nada. Usted, déme todo el dinero que haya, y como encuentre algo más escondido en algún cajón, os vais a enterar.

Si la pasta que había en la sucursal no satisfacía sus expectativas, se volvía histérico y se enfadaba visiblemente:

—¡Qué poco dinero tenéis, cabrones!

Y más le sacaba de sus casillas que un *pringao*, un vulgar oficinista quisiera ser más listo que él e intentara accionar un cebo oculto entre los billetes y conectado con la policía:

—Tenéis cebo, cabrones. ¡Quitadlo inmediatamente!

No toleraba la menor *insubordinación* por parte de las víctimas, que debían obedecerle sin rechistar:

—Vamos para la caja... o te dejo seco. Vamos, deprisa. Deprisa. Voy a contar hasta tres ¡y ya llevo dos! —había dicho en alguna ocasión, mientras blandía un enorme pistolón a la vista de todos.

La Guardia Civil interrogó a todos los testigos intentando encontrar una palabra, un giro, una frase hecha, un deje en el hablar que indicase el origen de El Solitario o la zona donde vivía. Pero nada. Todo fue inútil porque a unos les parecía que era aragonés y a otros que era manchego. Nadie le sacaba una forma de expresarse peculiar de una región concreta de España. «Habla normal», acababa diciendo la mayoría.

La UCO, dirigida por el coronel Félix Hernando, se había marcado entre sus prioridades la caza y captura de El Solitario, convertido ya en enemigo público número uno tras dar muerte a los guardias Palmero y Vidal. La Operación

Marietta, bautizada así ante la creencia de que el asesino utilizaba una metralleta Ingram Marietta —un arma ligera, de reducidas dimensiones, mortífera y fácil de manejar— apenas arrojaba resultados. Casi todo eran simples hipótesis. Nombres de sospechosos que al final tenían que ser tachados cuando se comprobaba que habían muerto, que estaban en la cárcel, que su descripción física no coincidía con la del asesino o que tenían una coartada perfecta.

Hasta el asesinato de Palmero y Vidal, las comandancias de la Guardia Civil habían actuado de forma independiente. Nadie se había ocupado de centralizar, analizar y desmenuzar todas y cada una de las posibles pistas. Cada comandancia tramitaba las diligencias por el atraco ocurrido en su demarcación... y punto. Jamás a nadie se le ocurrió montar un equipo sólido que se encargara de aglutinar toda la información y dictaminar si todos esos golpes —aparentemente aislados e inconexos— eran obra del mismo delincuente.

En marzo de 2006, veintiún meses después del crimen de Castejón, la Unidad de Policía Judicial (UPJ) de la zona de Navarra dirigió un escrito al juez de Tudela, Óscar Ortega Sebastián, dándole cuenta de que el autor de los dos asesinatos podía ser un sujeto que había perdido un cartucho de la marca Águila, una munición fabricada en México, en el atraco perpetrado el 26 de marzo de 2003 en Pozoblanco, el pueblo cordobés donde el 26 de septiembre de 1984 murió el diestro Francisco Rivera, *Paquirri*, por un cornada del toro Avispado. Por eso, un grupo de guardias se había trasladado a ese país para investigar esa pista y cotejar los casquillos recogidos en el asesinato de Castejón con otros que la policía federal mexicana pudiera tener guardados en sus archivos.

Estando tras ese rastro, los del tricornio llegaron a la sospecha de que el buscado criminal pudiera ser un tal Tomás Ortiz, un cincuentón nacido en la provincia de Burgos que se había trasladado a vivir al estado mexicano de Jalisco. Este individuo había perpetrado en la década de 1980 una cadena de asaltos similares a los que ahora se atribuían a El Solitario. Por eso, solicitaron al juez encargado del caso que autorizase

el pinchazo de los teléfonos de varios parientes asentados en el País Vasco y que la Agencia Tributaria facilitase información de todos los movimientos de las cuentas bancarias que estuvieran a nombre de una larga lista de allegados al tal Tomás. El objetivo era claro: saber si alguna de estas cuentas servía de tapadera al dinero que El Solitario había ido obteniendo con sus robos.

En un intento por hallar más pistas, el Ministerio del Interior decidió difundir un cartel encabezado con la leyenda «Se busca», un sistema que desde hacía muchos años ya se empleaba para divulgar los rostros de los etarras más peligrosos y que recordaba a aquellos anejos pasquines de «Wanted», tan populares en el Far West americano, en los que solía aparecer el dibujo de un tipo malencarado y una recompensa de cientos de dólares. En esta ocasión, el cartel en el que se solicitaba la colaboración ciudadana estaba compuesto por una imagen de El Solitario captada durante un atraco en 2003 y se facilitaban unos números de teléfono de contacto.

Después de matar a los agentes de Castejón, El Solitario había dejado de actuar. Durante muchos meses se mantuvo en silencio. O, al menos, jamás había vuelto a registrarse un atraco cuyo autor coincidiese con sus características físicas. Todas las comandancias estaban en alerta y jamás habían vuelto a ver un vídeo bancario en el que apareciese el individuo grueso de la peluca y la barba postizas. Por eso, algunos de los investigadores barajaron en algún momento la posibilidad de que el enigmático delincuente hubiera muerto, hubiese decidido marcharse de España, o bien estuviera preso por otro asunto sin que nadie se hubiese dado cuenta de quién era realmente. ¿Sería el hombre cuyos pasos estaban siendo seguidos en México? ¿O, quizá, habría decidido poner fin a su carrera delictiva después del *marrón* que suponía para él ser sospechoso de tener dos muertos en su haber?

El propio Solitario respondió a la pregunta el jueves 20 de abril de 2006, veintidós meses después del sangriento episodio de Navarra. Ese día entró en una sucursal de Caixa de Galicia de la calle de la Marquesa Casa López, en Sarria (Lugo).